

DÉBORA COMO REFERENCIA DEL LAICADO FEMENINO EN LA BIBLIA: UNA RELECTURA A PARTIR DE JUECES 5

Hna. Ángela
Cabrera, MDR*

* Religiosa de la Congregación Misioneras Dominicanas del Rosario. Hizo Licenciatura en Ciencias de la Religión. Posteriormente vivió en Nicaragua donde se dedicó a la formación bíblica para líderes cristianos, y formandos de la Vida Consagrada. En 2006 inicia sus estudios de posgrado en São Paulo, Brasil. Concluye el bachillerato en teología, la maestría, y posteriormente el doctorado en el área bíblica. Es profesora de Sagrada Escritura en el Centro de Teología Santo Domingo de Guzmán y en el Seminario Pontificio Santo Tomás de Aquino. Directora Nacional de las Escuelas de Teología para Laicos del Instituto Nacional de Pastoral, y Decana de la Facultad de Ciencias Religiosas de la Universidad Católica Santo Domingo. Colabora en proyectos de formación y de retiros espirituales en la Conferencia Dominicana de Religiosos. Es investigadora. Ha escrito varios libros y numerosos artículos de utilidad académica y pastoral.

Introducción

Este artículo presenta la persona de Débora, de la que se habla en el libro de Jueces, como referencia del laicado femenino. La muestra como una mujer con identidad teológica, creyente, comprometida con la causa de Dios para su pueblo, un proyecto salvífico. El estudio la recupera desde su realidad de jueza, profetisa, esposa, reconocida por las tribus “madre de Israel”. La considera teniendo en cuenta el tiempo actual donde, como Iglesia, se desea impulsar caminos sinodales, o sea, caminos en comunión y participación integral, en vista a un objetivo común. Ese objetivo común, se sintetiza, en las palabras de Jesús, como “Reino de Dios”, en el cual todas y todos son importantes, necesarios, imprescindibles. Este Reino, se refleja desde el Antiguo Testamento, donde late sin cesar, hasta revelarse, de forma espléndida en las páginas sagradas del Nuevo Testamento.

En un primer momento, el estudio presenta datos históricos, puesto que busca reconstruir la identidad de Débora. Seguidamente, por aquello que los textos bíblicos permiten fundamentar,

en su contenido y teología, se produce una reflexión con el interés de destacar elementos que ella nos testimonia como mujer, laica, líder, propulsora de la unidad y la identidad del pueblo de Dios. Estas líneas nacen con el propósito de despertar la orientación e iluminación para el actuar-caminar de la Iglesia. Cada lectora o lector, será responsable de entresacar las brechas reflexivas que permitan tal iluminación. Que Débora, con todas las mujeres y los hombres de buena voluntad, junto a la Madre María, nos hagan abrir nuestros labios para gestar y entonar cantos de acción de gracias; cantos que den a conocer las maravillas de Dios para con su pueblo.

Palabras clave: Débora - mujer
- pueblo de Dios - compromiso sinodal - participación integral

1. Sobre la identidad de Débora

El nombre hebreo *D^eborah* significa “abeja”. Proviene, en esta lengua, de la raíz gramatical *dabar* “hablar”, “declarar”, “conversar”, “ordenar”, “advertir”, “cantar”. Detalle importante, como veremos, porque fundamenta su personalidad como

jueza y profetisa. De ella se nos habla en el libro de Jueces.

Jueces 4,4, afirma que era mujer de Lapidot. Las opiniones varían con relación a la identidad de su marido. El hecho de que la fuente bíblica silencie su figura muestra el realce que tal literatura le confiere a ella. Por la antigüedad del texto (Jueces 5), que puede ser la más antigua composición literaria hebrea, en época de los jueces, la figura de Débora remite al siglo VI antes de Cristo, donde se recopilaron esos escritos. Con todo, puede ser aún más antigua, ya que la época de la recopilación no es la misma de su producción. Hace pensar en el rol de la mujer en la antigua tradición israelita, mucho antes de que normas y leyes judías se endurecieran en contra de la mujer.

Débora vivía en la Montaña de Efraím. Esta zona geográfica, según los datos históricos, se vislumbra como cadena montañosa central, que se extendía desde Siquén (norte) hasta Betel (sur). Es un lugar de referencia significativa, mencionado con frecuencia, especialmente en los libros Josué, Jueces, Samuel y Reyes, un conjunto histórico y literario.

Interesa recordar que nombres como Efraím, caracterizados por su antigüedad y referencialidad, sirvieron para “apodar” las tribus cuando Israel se formó como pueblo; de ahí que una tribu adquiriera su nombre.

1.1. Jueza: por la paz y la unidad del pueblo de Dios

La tradición describe a Débora como una jueza, del hebreo *shapat*, pudiendo ser traducido por “juzgar”, “gobernar”, “ejercer funciones judiciales”, o sea, de accionar en vista a resolver disputas en la esfera civil, familiar o religiosa. El verbo que la designa como jueza en Josué 4,4 se encuentra en participio, mostrando la disciplina misionera y subrayando, al mismo tiempo, su liderazgo comunitario. Tenía por costumbre sentarse bajo la sombra de una palmera (Jueces 4,4). Este imaginario remite a un ambiente campesino y montañoso, al aire libre. Observemos que dicho lugar no evidencia elementos que recuerden un santuario. Se carece, entonces, de la imagen sacerdotal, reflejada, por ejemplo, en la figura de Moisés, en el libro del Éxodo. Podemos deducir, por lo que el texto permite afirmar, que en dicha “sombra de palme-

ra” Débora “solía sentarse”, “permanecer por tiempos largos” (cf. Jc 4,5), quizás no distante de su casa. Al ser casada, de esta manera, pudo haber respondido a las exigencias que le hicieran su hogar y su cultura.

Si nos apoyamos en los criterios del perfil y la función jurídica en la época de los jueces, la pudiéramos describir de la siguiente manera:

Débora, mujer carismática, de intimidad con Dios e identidad teológica. La autoridad de Débora como jueza, la sitúa como una mujer carismática. Se trata de un carisma, una gracia trascendente. Es mucho más que habilidad natural conquistada a base de esfuerzo humano. Ejerce una labor respaldada por la gracia de Dios. Este obsequio o don, hizo de ella una mujer de firmeza espiritual, conocedora de las leyes religiosas. Desde esta intimidad divina adquirió luces para discernir, decidir, orientar, deliberar, considerar entre los suyos, a quienes la buscaban esperanzados.

Repensar la labor de Débora desde esta categoría espiritual hace reconocerle la “misión” asumida en la historia del pueblo de

Dios. Su actuación no se realiza desde un énfasis puramente social, sino creyente. Era Dios, mediante ella, quien administraba la justicia y custodiaba el derecho. Quiere decir que, en esa sombra, debajo de la palmera, era la voz de Dios. La luz de Dios le permitió organizar, no sólo su propia vida, sino también la de otras y otros mediante las luces que arrojaba. Debajo de la palmera, acontecía Dios con rostro de mujer: encendiendo luz en las mentes oscuras, confusas, obstinadas cada cual en su propio criterio. La autoridad de su carisma, le conferiría aceptación de la comunidad, la cual supo administrar con excelencia, consagrando todas sus energías para determinar a favor de la unidad, la participación y la integración del pueblo de Dios.

Débora es definida como aquella mujer a quien los israelitas acudían en busca de *mishpat*, traducido por “justicia” (Jc 4,5). El sentido bíblico de la *mishpat* es actuar desde las entrañas de Dios y desde ahí decidir a favor del oprimido, garantizando el derecho, aquello que corresponde a cada quien; corrigiendo y enderezando al que está en falta. Se considera entonces, que las palabras provenientes de Débora,

luego de haber escuchado y discernido los respectivos planteamientos expuestos, provenían de la fuente divina. Por eso, este artículo la considera “justa en el aroma de Dios”, porque mientras que Dios es la esencia, sus palabras son como “fragancia”, “bálsamo”, “olor”, de su justicia. Se trata de unas emanaciones con propiedad reconciliadora y exigencias divinas. Por esto, se afirma que la mujer sabía hablar con *mishpat*. Se trata de palabras firmes, no vacilantes (Sal 37,30). Si Débora es jueza amante del bien es porque en el bien ha asentado su casa (Is 61,8).

1.2. Profetisa: maestra de participación por la dignidad humana

Débora es *nēbiah* “profetisa”. Lo propio de la profecía es la actuación. Una actuación en sintonía con la *Ruah* divina. La profetisa es “la mujer de Espíritu”, “mujer en el Espíritu”, en el Aliento de Dios, quien la guía para guiar; la conduce para conducir, la convoca para convocar. Una de las particularidades de la profecía es “colectar el grito de los pobres”, con la clara intención de elevar los gritos a Dios, implorar su intervención histórica para

“hacer caminos juntos” (Dios y su pueblo) hacia la conquista de la dignidad de todas las hijas y los hijos de Dios. Entendiendo por dignidad tantos los bienes necesarios para que la vida sea posible, como aquellos trascendentes, para que la existencia tenga sentido.

La mujer profetisa es mediadora entre Dios y su pueblo. Recuerda a los líderes el deber que han de ejecutar. En este ámbito Débora manda a llamar a Barac y le expresa este sentir: “¿No te ha dado Yavé la orden de que reclutes las tribus para acabar con la opresión en que las tienen sometidas?” (cf. Jc 4,6). Conociendo la firmeza de ella, Barac le responde: “Iré a condición de que tú vengas conmigo” (Jc 4,8). Por el contexto, se da a entender que la presencia de Débora garantizaba la victoria ante fuertes guerreros. Siendo una mujer digna, de palabra respetada, le afirma “iré contigo, sólo que entonces no será tuya la gloria, porque Yavé, entregará a los enemigos en manos de mujer” (cf. Jc 4,9). Los resultados exitosos de su convocatoria, reuniendo a los jefes de Israel y a todos los voluntarios, hizo que, mediante su canto, invitara a todo el pueblo a “bendecir a Yavé”, o sea, a

reconocerle actuando en la historia a favor de los más vulnerables y desfavorecidos (Jc 5,2.9).

Vale destacar que Débora comparte su espacio y liderazgo con una mujer extranjera, llamada Yael, a quien considera “bendita entre las mujeres” (Jc 5,24). Al bendecirla, le expresa el deseo de que alcance felicidad, prosperidad, fecundidad, larga vida, guiada por el Señor de la historia. En Yael cae la cabeza del enemigo y no directamente en las manos de Débora. Y es que no importa la procedencia de esas “manos de mujer”, la profecía aconteció, abriendo caminos universales. Dios integra diversos rostros en su proyecto salvífico. La “cabeza del enemigo” es el fin de la guerra. Lejos de cualquier promoción violenta, puede considerarse que, “agotada la fuente del mal”, la paz recupera su espacio.

1.3. Mujer despierta que hace despertar

Jueces 5 vincula, en seis ocasiones, la acción de “despertar” a Débora. ¿De qué “despertar” se trata? El texto afirma que cuando ella “despierta” los poblados quedaron vacíos en Israel (Jc 5,7). Para comprender, hemos de au-

xiliarnos del verbo hebreo *qum*, que la Biblia traduce por “despertar”, y que tiene el sentido de una “acción física”, que implica “levantarse”, “erguirse”, “ponerse de pie”, “tomar posición”, “asumir un lugar concreto”. Se trata de alguien que se levanta para empoderarse desde un liderazgo respetado y participativo. Ella no va sola. Su liderazgo enfatiza la convocatoria. En muchos casos, la Biblia reserva este verbo para figuras masculinas. En esta ocasión, Débora ha roto la rutina, convirtiéndose en la guerrera del Señor.

El sentido del verbo “despertar” es coherente en la literatura del cántico Jueces 5. No se trata, pues, de que estaba “dormida”, sino de que estaba “sentada”, bajo la palmera, administrando justicia. Puede interpretarse que ahora expresa una nueva forma de ejecutarla, involucrando a todas las tribus. Hay movimiento con su despertar, un movimiento inclusivo necesariamente. Este cambio de posición lo hace exigido por la misma realidad, donde se estaban perdiendo los valores en Israel. El pueblo se estaba embelesando con otros amores falsos (Jc 5,8), vivía tiempo de hambruna (Js 5,6), en fin, todo su actuar

tuvo consecuencia, y lo estaba experimentando. En medio del naufragio, una voz femenina alerta, proyecta el camino, la comunidad se involucra, deciden juntos y juntas reconstruir el pueblo soñado.

1.4. Madre de Israel: para caminar juntas/juntos

Aunque Jueces 4,4 reconoce a Débora como mujer de Lapidot, la literatura silencia con relación a sus hijos. No se mencionan. Con todo, las tribus así la reconocen “madre de Israel” (Jc 5,7), en un contexto donde estaban siendo oprimidas por los cananeos. El término madre, del hebreo *‘em*, está siendo utilizado, en el cántico, en un sentido figurado, mostrando que es, para su pueblo, lo mismo que una madre es para su hijo. El papel que una madre realiza con sus “retoños”, lo hace Débora con las tribus, en perspectiva de un desarrollo integral. Ha de realizarse que este papel lo ejecuta en discernimiento comunitario. Todos piensan, se involucran y participan con un objetivo común.

El Salmo 131 recupera una hermosa imagen “madre - hijo”, en este horizonte de interpretación.

El poema muestra una mujer de pueblo, peregrina, sin mucho “estudio”, sin otro recurso a no ser el hijo que lleva con ella hasta Dios, que habita en Sión, conforme la cultura religiosa del Antiguo Testamento. Esta madre no estaba engreída, ni con ojos altaneros, estaba libre de deseos grandiosos, y desinteresada de prodigios que le superaban. Había silenciado su alma de tal manera que se apoya en su propio hijo, amamantado, en sus espaldas (v.2), para decirse, y decirle a todo el pueblo, que esta era la actitud perfecta de Israel confiar en el Señor (v.2-3). Débora representa y es esta madre espiritual para las tribus que, movida por el amor a Dios y a su pueblo, le conduce, orienta, con el fin de renovar la alianza que el pueblo mismo había lastimado.

En este sentido, se entiende que ella, como madre de Israel, “hale las orejas” a las tribus que no se presentaron cuando fueron llamadas, quedándose indiferentes (Jc 5,15-19). El título que le confieren las tribus a Débora es respetable y admirable. La maternidad era uno de los ideales femeninos, en la cultura bíblica, más honrados. Este reconocimiento, es un halago a su dignidad, al

tiempo que abre nuevas perspectivas en torno al ser mujer.

1.5. Con la fuerza de las cantoras de Israel

El antiguo Israel ha destacado la fuerza teológica del canto. Del hebreo *zamar*, “cantar” significa “alabar”, “reconocer”, “tocar instrumento musical”. El primer canto para Yavé, en el orden de la Biblia, aparece en Éxodo 15. Este canto sintetiza tanto la experiencia de liberación como el reconocimiento del libertador, luego de la superación del conflicto. Este mismo horizonte lo siguen los cantos. En esta génesis bíblico-musical se muestra el rostro de Miriam, la hermana de Aarón y Moisés, quien tomó en sus manos un tamboril, encabezando un grupo de mujeres que la seguían, también con instrumentos, bailando y cantando las espléndidas obras de Dios.

El cántico de Ana (1Sm 2,1) sólo puede entenderse desde su historia de sufrimiento. Ella misma había dicho a Elí “Yo soy la mujer que estuvo aquí, junto a ti, orando... Este niño pedía yo, y Yavé me lo ha concedido. Ahora se lo ofrezco por todos los días de su

vida” (1Sm 1,27-28). Cuando Ana confirma que su fuerza se apoya en Dios, quien la consoló en su aflicción, canta.

En Jueces 5 canta Débora, y con ella todas las mujeres (Jc 5,11). Desde los bebederos se entonaban canciones en acción de gracias, por la complicidad que Dios tiene con los pobres al servicio de la justicia. Vale aclarar que no todas las mujeres cantan con el mismo juicio. A partir de Jueces 5,29 aparecen un grupo de señoras cantando de manera errada. Sí, de manera errónea pues le cantan a los que ya están muertos, mientras que Débo-

ra, sus amigos y amigas cantan al Dios vivo, Señor de la vida. Puede decirse entonces, “dime qué cantas, por qué cantas, y con quién lo haces, y hablaremos de la fe que tienes”. El cántico de María, en el Nuevo Testamento, recoge esta fuerza histórica (Lc 1,46-55). En ella llega a su culmen la plenitud de la alegría, porque Dios ha cumplido definitivamente, todas sus promesas: el pueblo humilde, en María, testimonia que se han roto los tronos que impedían la comunión integral. ¿Cuáles luces arrojan estos párrafos para el caminar de nuestra Iglesia en clave sinodal?